

dad, de claridad incierta á pesar de su brillantez, de aromas embriagantes, de pétalos marchitos; la peregrinación deliciosa y difícil á través de las multitudes que se amontonaban; el roce sutil, casi imperceptible, con el cuerpo divinamente ampuloso de la chiquilla; el brazo de ella, redondo, mórbido, que le apretaba; sus bromas rebosantes de malicia infantil; sus miradas acariciadoras como el raso; sus movimientos rítmicos, pausados, de virgen ansiosa de amor; todas las mil impresiones de matices tan diversos que le hiciera experimentar, acrecentaron su pasión dormida desde días antes, su deseo infinito, tanto más poderoso cuanto que se encerraba en la cárcel de su timidez, de su carácter débil incapaz de lucha, impotente para trabar el duelo de la carne.—Lo olvidó todo: sus resabios de enamorado fiel; sus promesas de un amor casto y eterno á la otra; el respeto merecido á la que en el futuro sería su hermana. Sólo le dominaba un anhelo abrumador, indestructible, que echó raíces en lo profundo de sus entrañas: el de hacerla suya, el de poseerla inmediatamente, sin reticencias, sin hipocresías, sin temores.—Y se acordó de su última noche en la azotea sumida en la penumbra, cuando el farolillo pa-

recha mirarle, inquieto. Entonces fué presa de la ceguera bestial, del hambre de concupiscencia; se abalanzó como fiera, sin pensar, sin reflexionar en nada; y si no consumió el acto, fué porque la visión adorable de Antonita reaccionó en sus nervios, revolucionándolos, haciéndolos perder, en medio de su tensión loca, el equilibrio que poseían, el fin á que le encaminaban en aquella batalla sin obstáculos. Ahora, por el contrario, razonaba como un calculador seguro del éxito; no embestía cual animal ansioso de satisfacer sus apetitos, sino que esperaba, esperaba confiado á la fuerza que adquiriera en pasados lances.

Eraban el azar por los alrededores del Zócalo, pisando distraídos sobre el barro amontonado allí por la lluvia de la tarde. Lona parecía cansada; apoyábase con fuerza en el brazo de él, y en su semblante se insinuaba un gesto de hastío. Y marmuró al cabo de un instante:

—¿Quieres que nos vayamos, Eugenio?

—Como gustes.... Pero, ¡es tan pronto!... Si no te has fastidiado, me alegraría que paseáramos más.

—Cuñado de mi alma, ¡qué pesado eres!

—¡Y qué mona tú, chiquilla!

Iban á sentarse en una banca de hierro, á la sombra de raquítico arbolillo, cuando escucharon un estremecimiento rumoroso de las hojas. Linares miró al cielo, y observó el caer de menudas gotitas. Llovía. Las ramas, acariciadas por la llovizna, susurraban, adquiriendo un matiz brillante, que hacía resaltar el obscuro verdor. Sobre el asfalto humedecido, semejante á un espejo, los focos eléctricos proyectaban manchas luminosas, semejantes á trozos de cristal opalino. Chisporroteaban las luminarias de los puestos; un olorcillo fresco de tierra mojada impregnaba los prados; más allá, dibujábanse las siluetas de las mujeres que corrían, con las faldas hasta la rodilla, en tanto que una turba rezagada de chieuelos lanzaba al viento la aguda nota de sus cornetas.

Lena, al ver que sobre el vestido azul comenzaban á deslizarse gotas de agua, hizo un mohín de impaciencia. ¡Maldita lluvia! ¡A buena hora se la ocurría venir á importunarles! Bajo el sombrero permanecieron indecisos, esperando que el cielo recobrase la perdida calma. Contemplaban el espacio surcado por cristalinas saetas, que al recibir el halago caricioso de la luz resplandecían. — De pronto, arreció el aguacero; los arbolillos

se inclinaban al azote del viento, y sobre el techo de zinc del kio-ko, abandonado momentos antes por la banda militar, el chapoteo era estruendoso.—Riendo los dos, siguieron el ejemplo de los demás. Corrieron á refugiarse á los portales cercanos, hundiéndose de nuevo en el mar humano, oprimidos, lanzados uno contra otro, como si la muchedumbre pretendiese unirles en un abrazo estrecho y eterno.

A las doce y media cesó la tormenta. En las calles, imperaba aun la alegría, una alegría epiléptica, borrachera de alcohol y de patriotismo. Los vivas, los gritos roncios, mezclábanse al resonar de los botes vacíos, de los organillos que dejaban oír su cantinella llorosa á lo lejos. Por Plateros, grupos diseminados iban y venían, dando á la avenida un tinte exótico. Yacían en mitad del arroyo enfangado pedazos de botellas, giros de banderas, sombreros deshechos. En los muros, sobre las rosas deshojadas y junto á los gallardetes que chorreaban agua, las lamparillas eléctricas refulgían aún con brillo lívido, opaco. De los teatros salían los espectadores, enfundados en largos gabanes. Las cortesanas de *élite*, cimbreantes, flotando en nubes de encajes y de gasas, con enormes

sombreros de plumas que ondulaban sobre el rostro carmíneo, deliciosamente pálido, encaminábase á los *restaurants*, del brazo de los amantes de una noche. Por las aceras, con las faldas enlodadas, las mejillas que ocultaban el color terroso bajo la capa de groseros artificios, iban las otras, las que formaban la falange del vicio barato, implorando una mirada de los transeantes, sonriendo ante las chanzonetas que las dirigían, con sonrisa dolorosa en fuerza de ser fingida. Y se alejaban con el movimiento rápido de sus caderas deformes, encaminándose á la Alameda, cuyos follajes asomaban distantes.

—¡Qué contenta estoy!—murmuraba Lena, marchando al lado de su compañero, calle abajo.—¡Qué contenta estoy!

Ría dichosa, en tanto que Eugenio Linares apretaba su brazo con estremecimientos nerviosos, cual si temiera que alguien se la robase.

—Si todas las noches fueran como esta, Lena, te juro que la vida sería para mí más bella. ¡Eres tan buena y te quiero tanto!...

Ella le miró. Resucitaba en sus pupilas la traicionera ironía. Incluyó levemente el rostro, musitando:

—Si, ¿eh? Los cuñados deben querer se....

El mozo reprimió la protesta que ascendía á sus labios, mientras que ella, en su apetito insaciable de criticar gentes y trajes, pasaba revista á los paseantes. De súbito hizo un gesto de repugnancia, volviendo el rostro hacia el joven. Interrogóla éste con la mirada, y ella, haciendo un guiño, le mostró á las buenas personas que se acercaban.—Linares hubo de reconocer á don Hilario Gómez, que, ostentando el levitín que guardaba en el armario para las ocasiones solemnes, iba del brazo de su cara mitad, la enorme y sonrosada doña Luisa, precediendo á ambos á Teresita, la mayor, la cual, cogida del brazo de un mozuelo de aire inocentón, charlaba lindamente, haciendo pucheritos de niña mimada.

—¿Lo ves?—dijo Lena, riendo al oído de Eugenio.—Perdieron á la segunda y ahora vuelven á la carga con la primera.

—Mujer, el comercio es permitido.

—Ya lo creo. Y, sobre todo, el de imágenes viejas. Esta es una Purísima de pueblo.

Y, callando, respondió en ese instante al saludo de la criticada y de sus padres, que,

triunfadores, se cruzaron con ella y su acompañante.

—Adiós, Lena, ¡qué guapa estás!

—Adiós, Tere. . . . Felices noches, ¿eh?

La hija de don Hilario sonrió torciendo los labios. Todavía osaba darles un tinte de puerilidad virginal, no obstante sus treinta y cuatro primaveras. Cuando ya se alejaba, la chiquilla rió estrepitosamente.

—¿Qué te parece? Se empeña en que la llamen Tere. Dice que es muy poético.

—Ni tanto.

Se burló á su sabor, con aguda ironía de chica despreocupada. —¿Verdad que era gracioso? El vejete aquel, que tanto había declamado y dicho en favor de su honra puesta al nivel de las alcantarillas, —textual,— allí estaba ahora, tan campechanote y fresco, en plena campaña matrimonial. Desengañado de Teresita, que buenos dolores de cabeza y de bolsillo le diera; convencido de que la primogénita, sea por su edad ó por su mala estrella, no encontraría marido, tornaba ahora á la lucha, al ver que Eloísa, capullo de sus esperanzas ardientes de padre enamorado del casorio, era ya cosa inútil. Lo mejor de la vida se había perdido. Por lo mismo, la única solución posible, era la de realizar el

fruto sano aunque viejo.—Y mientras que Eloísa laboraba sola, muda, sin lágrimas, ennoblecida por la maternidad próxima, en el obscuro tabuco, el buenazo de su padre, que días antes hiciera las paces con su mujer, ocupábase en atraer á sus subalternos de la oficina, metiéndoles á Tere por los ojos, regodeándoles, sin acordarse de que la táctica igual que había seguido con el periodista, dióle pésimos resultados.

No podía darse cursilería mayor. Y Lena proseguía riendo sin piedad, destrozándoles, implacable. En su opinión, era ridículo andar á caza de maridos; que éstos por sí solos venían, con mayor razón cuando el pobrete de don Hilario no aspiraba á cosa mejor que un empleadillo que no tendría ni para alfileres.

En sus palabras, en su saña cruel, se ocultaba una llaga profunda, dolorosa. Lena pensaba siempre en el hombre por venir, en el amante soñado. Por eso jamás se entretuvo en amosíos con los de su condición y clase, y sonrió con lástima al pensar en las ilusiones de Antofita. No era por cierto la mujer fía. Su temperamento ardoroso, hecho para el placer, escondíase en la brufida coraza de la ambición. Esperaba confiada

al acaso. Y él amante no llegaba, no llegaría nunca quizás... Un vacío nebuloso, amargo, rodeábala, infundiendo en su ánimo la pena, la pena sin confidencias, la pena á solas, que la torturaba en sus ratos de fastidio.

Sobre la acera se dibujaron los cuadros de luz proyectados por los cristales de la *Maison Dorée*. A través de las mamparas, escapábase un rumor de abejas. Eugenio y Lena, al pasar ante la puerta, se detuvieron, deslumbrados por una visión:—Una muchacha alta, de talle esbelto, de ondulados cabellos negros, envuelta en mullido abrigo de pieles, salió, del brazo de un caballero viejo, de anchas patillas canosas. El lacayo, erguido, de pie junto á la portezuela del carruaje que esperaba, inclinóse á su paso, cuando ella subía, dejando ver el arranque de sus pantorrillas aristocráticas. El señor, después de pronunciar un «á casa,» seco, autoritario, penetró en el interior del vehículo. Estalló la fusta y los caballos tacearon el freno, arrancando en seguida.

Lena, muy pálida, enmudecía. Linares, asombrado, miraba con insistencia el coche que se alejaba.

—Es Clara...—murmuró ella débilmente.

—Sí, es Clara...

Y no hablaron más. Al echar á andar de nuevo, columbraron tras de las ventanas del *restaurant*, á Esteban Conti. Tenía el rostro pálido, fulgurantes las pupilas. Decíase que más enamorado que nunca de Clara Ruiz, hubo de lanzarse al bajo periodismo, ávido de fortuna, creando reputaciones falsas, atacando nombres honrados, sin ver otra cosa más allá de las cuartillas que escribía, que el dinero ganado á montones, el oro, en su sed insaciable de riquezas, en su deseo loco de atrebatar á la muchacha de las garras del mundo elegante, y de poseerla él solo, de hacerla suya. ¡Vano empeño! Clarita, robada á las caricias de don Antonio Cortezo, por un hombre rico, á los quince días de su huída, elevábase cada vez más. Y aquel pobre chico luchaba hasta la baja: era el amor sin esperanza que á todas partes seguía á la cortesana, sin alcanzarla nunca, nunca...

El regreso fué doloroso.

Inútiles resultaron los esfuerzos de Linares para reavivar en la chiquilla la alegría jovial que antes diera á sus ojos tan seductor encanto. Callada, con el desconsuelo en el semblante, marchaba del brazo de él, sin que el regocijo de la calle la preocupase.

En la Alameda, cuando se deslizaban bajo los ramajes brillantes, haciendo crujir la arena, Eugenio la dijo:

—Lena, tú estás triste . . . .

—¿Triste yo? No, ¿por qué? La buena suerte de Clara me alegra, —repuso, con acento en el que se insinuaba una leve amargura.

Atravesaron por entre la multitud que se arremolinaba al extremo de los paseos, bailando al son de los organillos. Las parejas, excitadas por el vino y el deseo, revoloteaban, iban y venían, ensayando un dínzón canallesco.

La gruñona portera les vió desvanecerse en las tinieblas del patio. En el rellano de la escalera, adivinaron, á través del velo de sombra que les rodeaba, una silueta vaga, algo que se agitaba. El recuerdo de la cizañera vino á su mente. Un temblorcillo medroso les produjo invencible sensación de miedo.

Continuaron subiendo, á oscuras.

Linares percibía el respirar sofocado de Lena, que le acariciaba. Apoyada en su brazo, la chiquilla enmudecía, transmitiendo al cuerpo enardecido de él un estremecimiento blando, casi imperceptible. No hablaba; sus labios no daban paso á la eterna risa, á la broma infantil. Parecía que la

tristeza, aprisionándola, hacía enmudecer. — Eugenio, embriagado, penetrado de la atracción que sobre él ejercía Lena, veíase tentado á interrogarla, á desentrañar la causa de aquella transformación del carácter que él vislumbraba. Pero las frases ahogábanse en su garganta, y sus esfuerzos se estrellaban en su timidez inmensa. Hubiese querido estrechar la cintura de la muchacha, besarla en los labios, tiernamente, amorosamente; que tales eran los propósitos que se forjara allá en su interior, horas antes. Mas su voluntad enfermiza negábase á secundarle, y seguían su camino lentamente, adormecidos por el fru-fru de las faldas de ella.

Entraron en el tortuoso caracol. Los empinados peldaños subían, revoloteaban en torno del poste que les sostenía, como si emprendiesen loca y vertiginosa carrera hacia lo alto. Acreció la angustia del mozo. No ya la tristeza, no ya la desesperanza que momentos antes le torturaban, eran los acicates que le impellían á la satisfacción de su deseo: la convicción de su impotencia, de su estúpida debilidad que le alejaba de lo más amado, de lo que veneraba en ese instante con la fanática veneración de la carne, destrozábale. —Maquinalmente contó los esca-

tones, sintiendo el convulsivo temblequeo que invadía sus piernas á medida que el número se tornaba mayor. Ocho, nueve, diez, . . . diez y siete. . . —Sólo faltaban seis. Allá, encima de sus cabezas, miraba una claridad lívida que descendía fosforeando; manchas de aire helado imprimían en su frente bañada por el sudor un halago glacial. Pensó en la azotea llena de los recuerdos de sus amores pasados; en los rosales; en la lamparilla encendida en la sala, mudo testigo de los afanes y tristezas de Antofita; en todo aquello que ejercía sobre él inmenso poderío también y le doblegaba. Y el valor deseado, un súbito resurgimiento de sus energías, le animó.

Se detuvo; apretó el brazo de Lena, balbuciente, loco. La chiquilla, vuelta de su meditación, lanzó un grito.

—Eugenio, . . . Eugenio. . . ¿Qué tienes?

—Lena, . . . Lena. . .

Rodeó el talle de la moza; la atrajo á sí, en un abrazo hercúleo, impropio de su constitución esquelética; y acercando sus labios á los de ella, besóla con rabia, con desesperación. Fué un chisquido rápido, vibrante, que resonó en la sombra, perdiéndose luego. La muchacha, desfallecida, pareció entre-

garse al principio. Se abandonaba sin decir palabra, dejando caer sobre los hombros de Linares la cabecita rizosa.

—Lena, te adoro, te quiero con toda mi alma. . . No me rechaces. . .

Hablaba quedo, en voz baja, conmovido.

Estremecíase al paso de aquellas frases arrancadas de lo profundo, de aquellos rugidos de pasión que ocultos en los escondites de su alma, brotaban tumultuosos, estallando en los labios mismos de ella. Y no era la suya la voluptuosidad del placer conseguido al acaso; algo había de doliente, de fúnebre, en los besos que aplastaban su ideal, en medio de la carne triunfadora.—La sentía en sus brazos, junto á su pecho; sentía los latidos del corazón hasta entonces insensible; el movimiento acelerado de los robustos pechos; el hálito ardoroso que emanaba de los labios húmedos. ¿Era que se había rendido al fin, que se entregaba en el misterio de la sombra? Este pensamiento le hizo sentir una dulzura infinita, refinado ardor que invadiendo las venas por donde hervía la sangre alborotada, se le subía á la cabeza, produciéndole deliciosa embriaguez.—Hundía el rostro en el cuello de Lena; sentía el contacto de la piel suave, satinada, que se po-

na rígida al soplo de su aliento. La besaba en la nuca, nido de sedosos cabellos; en la barba, sobre la cual adivinaba el hoyuelo gracioso. Sus manos, errantes por las morbideces del busto, deteníanse á veces entre los dedos crispados que resistían, sin revelarse del todo, aquella invasión súbita del amor. Y en el silencio de la escalera, apenas si se escuchaban sus respiraciones entrecortadas. El polvillo de luz blanca que caía de lo alto, iluminaba en las tinieblas sus caras medrosas, convulsionadas por el deseo.

Lena experimentaba un repentino abandono de su indiferencia habitual. Al contacto de aquel hombre ciego de lascivia, caía de pronto el velo de frialdad y de cálculo con que cubrieran su temperamento sensual la educación que recibió en su hogar y las pasadas reflexiones. Era otra. Despertaba la mujer sedienta de pasión, la chiquilla encarcela la en la estrecha mazmorra de la vanidad y de las ambiciones de la clase media. —Iba á caer, más de pronto, la asaltó un escúpulo de virgen pudorosa. ¿Cómo entregarse así, como cortesana, al novio de Antofita, cayendo en un incesto horrible? Las lágrimas acudieron á sus ojos; un gemido trémulo salió de su boca.

—No, no, Eugenio, déjame... Yo te lo ruego por lo que más quieras en el mundo...

No cejó Eugenio Linares. Al contrario, hubo de estrecharla con varonil energía, con fuerza brutal que hacía crugir sus músculos, como á presa que se escapa, como á cosa muy amada que pretende irse para no volver nunca.

Entonces la chiquilla sollozó:

—Déjame, déjame...

—¿Por qué? ¿Por qué, si te quiero tanto, si te he conquistado por el sufrimiento y la esperanza? ¡Ah! dejarte ir... no, no... ¡Sería la falta más grande de mi vida!...

Lena, llorosa, tornó á reclinarse sobre el hombro de él, y musitó á su oído, suplicante:

—Hazlo por ella... por Antofita...

El mocetón se irguió, como bestia herida. Fué tal su estupor, que la obstinación que le embriagara desvaneciése lentamente. Un aflojamiento de sus nervios le hizo retirar las manos del cuerpo deseado, retrocediendo. Incluyó el rostro; suspiró. Luego, cogiendo á Lena del brazo, la hizo subir pausadamente, en tanto que la claridad se agrandaba, tornándose intensa, é imprimía en su rostro

lívilo, casi blanco, la caricia que en vano pretendía borrar las huellas de un sufrimiento hondo, inmenso.

La azotea dormía, como sus dueños. Ni un estremecimiento, ni un soplo, ni una luz, en la apacible calma de la noche estrellada.

Avanzaron.

La puerta del comedor hallábase entornada. Lena la abrió, sin ruido, y deteniéndose en el umbral, tendió la mano á Eugenio, que la miraba.—Estrechóla éste en silencio; y cuando ella iba á retirarse, con la frente baja, el mozo la siguió, introduciéndose en el cuartito oloroso aún á viandas frías. Quiso Lena gritar; pero el temor, el deseo, la torpeza de lo inesperado, se lo impidieron. Cayó en sus brazos sin decir palabra. Escucharon un instante. Todo enmudecía, presa del sueño. A través de los maderos entreabiertos, titilaban las estrellas. A la derecha, el ronquido monótono, perezoso de Estefana, resonaba acompasado en la cocina. Más allá, prevalecía la obscuridad impenetrable. Linares la basó, empujándola suavemente. Cayeron de rodillas en el suelo. Y en su borrachera de amor, de voluptuosidad largo tiempo esperada, ni siquiera pararon mientes

en una silla que hicieron rodar por el pavimento, con estruendo formidable.

Pasaron rápidos los instantes.

De pronto, la chiquilla rechazó á Eugenio, espantada. El no comprendía. A la satisfacción de su deseo siguió un atontamiento brutal que le ofuscaba el cerebro.

— ¡Vete! ¡Vete!

No comprendía. ¿Por qué irse? Y con dulzura contrarrestaba los esfuerzos de Lena, que luchaba por ponerse en pie.

— Mira . . . — murmuró ella, desfallecida.

En los cristales blanuzcos de la puerta vidriera que comunicaba con las habitaciones, aparecía un resplandor rojizo, débil al principio, que crecía en intensidad. Linares quedó perplejo.

— Anda, ¡vete!

No se movió. Idiotizado, sin darse cuenta de lo que le rodeaba, continuó reteniéndola.

Una voz dejóse oír.

— ¿Eres tú, Lena?

Y en seguida, cuando la respuesta se hallaba en los labios de la chiquilla, chirriaron los goznes de la puerta, y la silueta de Antonita destacóse de la obscuridad.

Estaba en camisa, con una palmatoria en la mano. Resplandecían sus cabellos ante la luz tenue; la palidez de su rostro resaltaba de la blanca tela que cubría su cuerpo casto; y sus ojos, aquellos ojos de suave azul impregnados de una melancolía soñadora, buscaban á su alrededor. Eugenio la miraba, embrutecido, con las manos en las sienes, tras de la mesa; Lena, con las ropas en desorden, temblando de miedo, procuraba esconderse.—Antoñita, extrañada al ver la puerta abierta, dió algunos pasos. Sus pupilas dilatadas erraron por el recinto; y, súbitamente, un grito de sorpresa, de dolor, un grito estridente, la desgarró. Retrocedió, con los ojos muy abiertos, descompuesta, intentando ocultar su desnudez. Y la vela cayó de sus manos, al mismo tiempo que una sombra huía hacia la azotea, seguida de otra, más pequeña, que al atravesar el umbral turbó el silencio con medroso frufrú.

Antoñita sintió que las fuerzas la abandonaban; que un desfallecimiento infinito la doblaba las piernas. Apoyóse en la pared, y se desplomó al cabo en el rincón, después de resistir inútilmente á la muerte de sus energías, tan raquílicas y pobres.

Allí permaneció, inmóvil, con el rostro entre las manos, desparramadas las crenchas de oro sobre las espaldas desnudas. La claridad indecisa de la noche besaba sus pies rígidos. Y el roncar de la maritornes, dolorosa evocación del olvido y de la muerte, continuaba resonando.

Comenzó á clarear el día. Fulgores de lila y rosa, muy pálidos, matizaron el cielo. Sopló el céfiro del alba, caricioso y fresco, despertando con su impresión de frío á la muchacha que yacía exánime. Antoñita se llevó las manos á los ojos, suspensa. Veía la puerta abierta, el amanecer lívido. Una pesadez semejante á la somnolencia la confundía. Al fin surgió el recuerdo, primero vago, indeciso, como la mañana que despuntaba; luego claro, patente, descarnado.—Sentada en el rincón, la cara enjuta por el dolor, estremecida por el frío, tornó á su inmovilidad. No lloraba. La luz juguetona continuaba avanzando, envolviéndola en su resplandor lila y rosa. Su pecho infantil pareció ensancharse: un gemido, al principio débil, casi imperceptible; después largo, prolongado, acompañó á la luz en su invasión.

Y una silueta encorvada, deforme, se dibujó en la azotea. Andaba con paso inseguro.

ro. Acercóse, y dando traspiés, se plantó en mitad de la habitación. Iba á encaminarse rumbo á la cocina, cuando los ayes lastimeros que brotaban de la penumbra le detuvieron.

—¿Quién llora?

Avanzó con andar torpe de ebrio, é inclinándose, alzó hasta él la carita pálida.

—¿Eres tú? ¿Por qué lloras?—murmuró Alberto con voz estrepajosa; añadiendo, al ver que no obtenía respuesta:—¡Al demonio con las lágrimas! Ríe, emborráchate, como yo... ¡Ah! bendito el vino.... ¡Bendito sea!...

Y se alejó gruñendo, seguido del gemir incesante, doloroso, que tornaba melancólica aquella alba de septiembre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFO"

## XII

Por la mañana, después de la aurora blanca de invierno, muy triste era el sonar de las campanas, que se dilataba en alas del venticillo helado, de un confín á otro de México. Primero, la melodía argentina de una dejábase escuchar desde muy lejos, suavizada por la distancia; á esta seguía el lamento débil de otra, que impregnaba de intensa melancolía el amanecer; luego, el tintineo juguetón que se escapaba como bandada de gorriones del vetusto campanario de San Juan de Dios, imprimía su nota alegre, jovial, que hacía resaltar más la llamada monótona, quejumbrosa, que la campana de San Felipe lanzaba desde la puntiaguda torre que recortaba su perfil escueto en el nebuloso cielo de noviembre.